

## VIOLENCIA, CIUDADANÍA Y MIEDO EN CARACAS

ROBERTO BRICEÑO-LEÓN

EN LAS CIUDADES DE AMÉRICA LATINA SE SIENTE un temor creciente: el miedo a ser la próxima víctima. Es un miedo tan antiguo como nuevo. Es antiguo y nuevo pues si bien es cierto que todas las ciudades han mostrado a lo largo de la historia sus miedos, reflejo de su tiempo social (Borja, 2000), lo es también que la magnitud de la violencia y su sostenido crecimiento en las pasadas décadas expresa una situación social novedosa que escapa a la normalidad del crimen (Durkheim, 1978). Esta nueva realidad urbana refuta el optimismo con que por mucho tiempo se consideró las ciudades como los lugares más seguros de la tierra, asociando el proceso de urbanización con un incremento en la sensibilidad y rechazo a la violencia (Elias, 1987), la regulación de las costumbres (Roche, 1998) y el descenso real de los homicidios en las zonas urbanas (Chesnais, 1981; Wiewiorka, 2005).

La violencia en América Latina ha dejado de ser un suceso extraordinario para convertirse en un hecho cotidiano (Adorno, 2006; Del Olmo, 2000), y en la región se concentran 42% de los homicidios que se comenten en el mundo (Amnistía Internacional, 2006), lo cual la convierte en el área más peligrosa en cuanto a la violencia interpersonal, pues en la zona no hay guerras declaradas (WHO, 2000). En América Latina es donde se comete el mayor número de homicidios con armas de fuego (Small Arms Survey, 2004) y este fenómeno reciente se concentra fundamentalmente en las ciudades de Río de Janeiro (Soarez *et al.*, 1996) y Sao Paulo (Oliveira, 2002), Buenos Aires (Spinelli, 2005), Bogotá, Medellín o Cali (Rubio, 1998; Guerrero, 1996; Guzmán y Escobar, 1997; Concha *et al.*, 2002; Acero, 2003), México (Fundación Mexicana para la Salud, 1998; López *et al.*, 1996), Caracas (Sánchez y Pedrazzini, 2001; Pérez Perdomo, 2002; Rosales, 2007), en las ciudades andinas (Carrión, 1994) o en las centroamericanas (Lungo y Martel, 2000).

Este incremento de los homicidios y del delito violento en América Latina tiene un alto impacto en las condiciones de salud de la población,

como lo han mostrado los estudios apoyados por la Organización Panamericana de la Salud (Fournier *et al.*, 1999; Cruz, 1999; Concha, 2000), y en las economías de los países, como lo han destacado las investigaciones fomentadas por el Banco Interamericano de Desarrollo (Londoño, Gaviria y Guerrero, 2000), pero tiene un efecto igualmente devastador en los sentimientos de las personas, en su confianza en la sociedad.

El miedo de los ciudadanos tiene un fundamento real en el incremento del crimen violento, pero es también imaginario. El fantasma de la violencia (Carrión, 1994; Rotker, 2000) se agiganta con las fantasías de las personas y se iguala en su angustia compartida. Por eso, en ciudades o en zonas de la ciudad donde la violencia no es particularmente grave, el temor adquiere las mismas magnitudes que donde sí representa una fuerte amenaza. Por eso la seguridad ciudadana es un hecho real y es un sentimiento.

Los estudios de sociología urbana (Remy y Voyé, 1981) muestran las dicotomías que se encuentran en la percepción de orden y violencia en la ciudad, dependiendo de las horas y los espacios; por eso hay unos espacios que son considerados peligrosos frente a otros seguros. Esta percepción se ve complementada o reforzada por la dicotomía de los espacios conocidos (el vecindario propio) frente a los desconocidos (el centro urbano, otras zonas urbanas). Los espacios amenazantes (Goycoolea, 2006) se asocian con algunas formas de “incivilidad”, de deterioro o abandono (Ferraro, 1995), y con ciertos actores y grupos sociales, es el temor al “otro” desconocido (Cisneros y Zubillaga, 1997; Fassin, 1996), que se funda en estereotipos que unas veces tienen connotación de clase social (Pegoraro, 2000) y otras, simplemente, de sujetos distintos y ajenos, tal y como sucede en muchas zonas pobres. Pero en cualquiera de los casos el miedo ataca a la persona moral (Soares, 1996) y destruye la confianza del vínculo social.

Esta zozobra urbana se ve impulsada por la creciente información de que disponemos de los eventos de violencia: los medios contribuyen al miedo (Martín-Barbero, 2000). Para algunos hay una intencionalidad velada de los medios de comunicación y por lo tanto es un producto de la ficción; para otros simplemente se trata del sentimiento adecuado que produce conocer una realidad dolorosa. Lo cierto es que los medios de comunicación permiten que el miedo sea igualitario y generalizado, pues la difusión de la situación de criminalidad hace que sea vivida como cercana en lugares lejanos y ajenos a los sucesos. Aunque en otros lugares la realidad es percibida como más violenta que la mostrada en las pantallas de televisión (Ávila y Briceño-León, 2000).

Pero el miedo no es el producto de una ficción creada por los medios de comunicación, es el resultado de una situación real que se vive de manera personal o vicaria por las historias de los amigos o las que refieren

los medios de comunicación. Claro, en algunos casos y zonas los temores pueden parecer exagerados y este exceso se le puede atribuir al escándalo de la noticia, pero, ¿quién puede argumentar que son infundados en unas sociedades que han duplicado o triplicado sus tasas de homicidio? Realidad y fantasía, crímenes y temores se combinan en la realidad urbana contemporánea y constituyen la violencia y sus miedos. Caracas es apenas un ejemplo dramático de esa situación.

Caracas fue por décadas considerada una ciudad tranquila y segura en un país donde la violencia no era un problema importante. Hasta comienzos de los noventa, en Caracas había menos de un homicidio por cada día del año, una década después ocurrían más de seis asesinatos diariamente. En el año de 1990 se cometieron en toda Venezuela 2 474 homicidios; 12 años más tarde, solamente en Caracas se perpetraron 2 436 homicidios, casi la misma cantidad (Ministerio de Interior y Justicia, 2004).

¿Qué ha pasado en Caracas y en Venezuela que explique este cambio tan grande? ¿Cómo ha afectado esta situación la vida cotidiana de la ciudad otrora tranquila?

#### CARACAS DIVIDIDA

Caracas está ubicada en un valle alto y fresco, a casi mil metros sobre el nivel de un mar del cual se encuentra separada por una alta montaña, y fue una pequeña ciudad hasta bien entrado el siglo xx, cuando la llegada a raudales del dinero proveniente de la explotación petrolera la hizo crecer de manera inesperada.

La ciudad fue el lugar de residencia de los dueños de las haciendas y de los comerciantes exportadores e importadores de materias primas. Pero en Caracas éstos eran pocos y sin mucha riqueza, pues en Venezuela no hubo el oro ni la plata que le dieron lustre a otra capitales, y la exportación de cacao, café y plumas de garza, sus principales fuentes de riqueza durante varios siglos, ocurría principalmente por otras ciudades-puerto como Maracaibo o Ciudad Bolívar, por lo tanto la ciudad no creció ni tuvo grandes iglesias ni edificios monumentales.

Construida con un trazado en damero, Caracas seguía con bastante fidelidad las ordenanzas urbanas de Felipe II. Su crecimiento ocurría por las orillas, es decir, los nuevos habitantes de la ciudad construían sus casas expandiendo la cuadrícula hacia las afueras, agregando una cuadra tras otra, lentamente, y conservando el trazado urbano. Esta forma de crecer la ciudad continuaba así hasta que una barrera física, una montaña o un río, detenían la expansión. En los bordes de la ciudad, en las nuevas orillas o en

las zonas que se ubicaban más allá de los ríos vivían los recién llegados y los pobres; allí quedaban también los bares pendencieros y los prostíbulos y se encontraban los lugares peligrosos de la ciudad.

Este patrón de crecimiento se mantuvo en Caracas hasta comienzos de siglo, cuando se aceleró el proceso de migración rural-urbana como producto de los mecanismos de distribución de la renta petrolera (Chen *et al.*, 1986). La crisis capitalista mundial de los años treinta cambió profundamente a Venezuela, pues, mientras los otros países devaluaron sus monedas para poder continuar exportando, Venezuela revaluó la suya y acabó con la exportación de los productos agrícolas que habían sustentado la economía. Esto fue posible gracias a que el petróleo era ya la principal fuente de ingreso del Estado; a partir de entonces el petróleo y el gobierno central pasaron a dominar la economía y la expansión de las ciudades (Baptista, 1997, 2004). La base de la economía urbana de Caracas dejó de ser la renta que recibían los dueños de la tierra para convertirse en la renta que recibe y distribuye el gobierno central.

La población urbana de Venezuela creció de una manera notable a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, cuando el país recibe gran cantidad de inmigrantes y se convierte en el primer exportador mundial de petróleo. La población urbana creció diez veces entre 1950 y 2005, pasando de 2.3 millones a 23 millones de habitantes (cuadro 1)

CUADRO 1  
Venezuela: población urbana, 1950-2005

<i>Año</i>	<i>Población urbana por 1000</i>	<i>Porcentaje de población urbana</i>
1950	2 384	46.8
1955	3 369	54.1
1960	4 638	61.2
1965	6 063	66.7
1970	7 672	71.6
1975	9 646	75.8
1980	11 985	79.4
1985	14 189	81.9
1990	16 573	84.0
1995	18 890	85.5
2000	21 225	86.9
2005	23 571	88.1

Fuente: United Nations, *World Population Prospects*, 2001.

Caracas tenía para 1941 una población de 358 000 habitantes, 40 años después ésta se había multiplicado por diez también y para el año 2000 albergaba a 3 353 000 habitantes, sin contar los residentes en las zonas aledañas que trabajaban en la ciudad y superaban el millón de habitantes (Negrón, 2001). Esa nueva población se fue ubicando en distintas zonas del valle, como resultado de diversos procesos de ocupación territorial propiciada por tres tipos de actores: el gobierno central y local, los urbanizadores privados formales y los urbanizadores privados informales. Estos tres actores, actuando por separado o en combinación, van a construir la ciudad actual, con sus inclusiones y exclusiones territoriales (Briceño-León, 1986).

Los urbanizadores privados formales fueron transformando progresivamente las haciendas de caña de azúcar y cacao, que ocupaban la parte este del valle de Caracas, en urbanizaciones con parcelas para la construcción de viviendas individuales para los sectores de ingresos altos y la nueva clase media que surgía del empleo en oficinas del Estado y de los servicios que requería la ciudad.

El Estado construía, colocaba los servicios de agua y cloacas, las carreteras y, luego, las autopistas de la ciudad. Pero también fue produciendo zonas de vivienda para los sectores de bajos ingresos en pequeñas parcelas y casas (San Agustín) o en altas torres de apartamentos (Lídice, 23 de enero), o hacía intervenciones urbanas completas, como en la zona central, donde se sustituyeron varias hectáreas de viviendas deterioradas y zona de prostíbulos para construir conjuntos urbanos de vivienda, comercio y oficinas.

Pero cada uno de esos procesos de ocupación del territorio, emprendido por los actores formales del Estado o los urbanizadores privados, fue seguido de una ocupación territorial ilegal por parte de los urbanizadores informales, quienes ocuparon los terrenos cercanos en donde se ubicaban los servicios públicos (Bolívar y Baldó, 1996). La gran inmigración trajo a profesionales y clase media, así como también a gran cantidad de obreros que construían la ciudad, pero que no tenían un lugar donde vivir en ella, y como el mercado formal no se lo ofrecía, ellos se lo buscaron y construyeron en los espacios que dejaban los otros dos urbanizadores, en las quebradas o en los cerros distantes (Acosta y Briceño-León, 1987; Bolívar, 1995).

La ciudad creció entonces segmentada: por un lado, los espacios formales que producía el Estado y los urbanizadores privados, y por el otro, los espacios informales que construían los propios pobladores (Rosas, 2004) y alquilaban también a los recién casados o recién llegados (Camacho y Tarjan, 1991). Estos espacios urbanos se encuentran juntos y separados en tres modelos distintos en la ciudad:

a) El primer modelo es el de cercanía-lejana, donde la división entre el sector formal y el informal viene dada en unos casos por una barrera natural

(como el río Guaire que separa la zona formal de San Agustín de la informal de la Charneca), y en otros por una barrera artificial (como la autopista que separa la zona de clase media de La Urbina de la informal de Petare).

b) El segundo modelo es el del enclave, donde en medio de un sector de altos ingresos se instala un sector pobre e informal en una irregularidad del terreno, bien sea una quebrada o una montaña.

c) En el tercer modelo, que es el menor, la diferencia no es física, no hay ningún accidente entre una zona y otra, sino estrictamente legal, pues se basa exclusivamente en la circunstancia de la propiedad de unos terrenos que, al ser del Estado o no poseer un dueño reconocido, fueron ocupados por los urbanizadores informales.

El resultado es que se tiene dos ciudades conviviendo de una manera integrada y separada al mismo tiempo (Hardoy y Satterwaite, 1987; Calderón, 2005). No es posible afirmar que haya una ciudad marginal que vive aislada de la otra, ambas coexisten y se necesitan, pero de manera segregada. Una parte de la ciudad no tiene la propiedad de la tierra donde construyó su casa, ni tampoco ha registrado formalmente la propiedad de su vivienda, no paga el agua, ni el servicio de recolección de basura, ni los impuestos urbanos (CISOR, 2007). Otra parte de la ciudad habita en viviendas cuya casa y tierra son propiedad privada, pagan servicios y a veces los impuestos. Ambos rostros de la misma ciudad muestran un mercado de trabajo, una presencia del Estado de derecho y una legalidad diferente. Caracas es una ciudad fragmentada que sobrevive al delito y la violencia de modo diferencial.

## LAS VIOLENCIAS DE CARACAS

Por ser sede del gobierno central y de la élite del país, y el lugar donde se distribuye con mayor abundancia el ingreso petrolero, Caracas vivió un proceso de crecimiento urbano y mejoría social sostenida hasta los años ochenta. Hasta ese momento la violencia de la ciudad había sido poca y distante.

Durante los años sesenta y bajo la influencia de la Revolución cubana, un grupo de activistas políticos inició un movimiento guerrillero que tuvo algunas pocas expresiones urbanas, pues su acción se concentró en las zonas rurales hasta que fue derrotado por el ejército y la reforma agraria. El componente urbano de la guerrilla realizó algunos atentados terroristas e intentó sabotear las elecciones presidenciales en Caracas, pero su impacto fue muy débil y no marcó la vida de la ciudad, que vivió con entusiasmo el proceso de pacificación de la guerrilla.

Una década después, a mediados de los años setenta, se produjo el embargo petrolero en el Medio Oriente y los precios del petróleo se triplicaron; Venezuela vivió entonces una inmensa bonanza y una euforia económica que se tradujo en un crecimiento urbano notable, una expansión de la industria de la construcción y una nueva oleada de inmigrantes nacionales y extranjeros que reforzaron los patrones de ocupación territorial antes descritos. Se incrementó la densidad urbana para los sectores de clase media y se expandió la ocupación territorial de nuevos barrios para los sectores pobres que venían de otras ciudades de Venezuela, pero también de Colombia, Ecuador y Perú, en busca de mejores condiciones de trabajo, pues, para fines de los años setenta, el sueldo de un servicio doméstico en Caracas era equivalente al de un ingeniero en Lima. En este contexto se produjo una violencia asociada con los conflictos de integración propios de los nuevos grupos en las zonas urbanas y un aumento de los delitos contra la propiedad, pero no ocurrió un incremento significativo de los homicidios, ni de los delitos contra las personas (Ugalde, 1990).

Esta situación cambiará a partir de los años ochenta, pues se modificó la dinámica de la renta petrolera. La inmensa riqueza petrolera habría de convertirse en pobreza al poco tiempo; el modelo rentista llevado a su máxima expresión colapsó tempranamente. Después de haber tenido libre convertibilidad, una tasa de cambio fija por casi 20 años y una moneda sobrevaluada que permitía importar casi todo lo que se consumía en el país, se desembocó en una abrupta política de control de cambios y subvaluación. Estos controles se implantaron un día de febrero de 1982 que se conoce en Venezuela como el “viernes negro”, pero realmente desde 1980 se había detenido la inversión privada, se había incrementado la deuda externa a pesar de haber sido el periodo de mayor ingreso petrolero y ya venía en descenso el salario real de los trabajadores. Las medidas económicas controlaron el cambio y los precios, e impusieron la inamovilidad laboral, pero no lograron detener la caída del salario real, ni el deterioro del nivel de vida que le abriría las puertas a la violencia y que tuvo su primera expresión en los saqueos de febrero de 1989 que se llamaron el “Caracazo”.

A comienzos de 1989 se iniciaba un nuevo gobierno; durante los meses anteriores las medidas de control de precios de los productos de primera necesidad del gobierno saliente habían provocado una escasez artificial por el acaparamiento de los comerciantes de casi todo lo que una familia necesitaba. Desde el aceite, azúcar y café hasta las toallas sanitarias había que comprarse en el mercado negro. El nuevo gobierno traía la imagen de la abundancia, asociada al periodo que anteriormente había gobernado el mismo presidente. La población esperaba una mejoría inmediata, pero una de las primeras medidas del gobierno fue el incremento del precio de la ga-

solina, lo cual provocó un aumento en el precio del transporte público. El 27 de febrero de 1989 se inició una protesta de los pasajeros que venían de una ciudad cercana a Caracas por el aumento del pasaje, la manifestación se tornó pronto violenta y el gobierno, que todavía no cumplía un mes en sus funciones, decidió no reprimirla. A las pocas horas la protesta se había extendido por toda Caracas, y el disgusto por el aumento del pasaje permitió desahogar la rabia que se tenía por la escasez de productos alimentarios que habían provocado tanto el control de precios como el acaparamiento. Los saqueos, que fueron televisados, mostraban una violencia nunca antes vista y pronto se repitieron en muchos lugares de la ciudad; la policía no se daba abasto y los dueños de los negocios empezaron a defender sus propiedades, pero no había fuerza capaz de detener la avalancha de saqueadores. Aquellas fueron dos noches de violencia y de fiesta en muchas zonas de la ciudad, hasta que intervino el ejército para restaurar el orden. Para ese momento, muchos de los habitantes de las zonas pobres, que vivían cerca de los lugares donde ocurrían los saqueos, ya tenían gran temor, temor de que el saqueo pudiera extenderse hacia sus casas, pues no había ninguna fuerza de control y el vértigo de la anomia y la locura los aterrizzaba. A una semana de violencia, en la morgue de Caracas se contaban 534 muertos (Briceño-León, 1990). Las muertes eran producto de los enfrentamientos con la policía, de las disputas entre los saqueadores, de la acción represiva del ejército o de las balas perdidas.

Hasta 1989 las tasas de homicidios de Venezuela y de Caracas se habían mantenido estables y, si bien la de Caracas era levemente superior, sus ascensos o descensos eran similares y al final guardaban siempre la misma proporción. A partir de 1989 la concordancia se modifica y en la región capital comienza un ascenso vertiginoso de la tasa de homicidios que no ocurre en el resto del país (Pérez Perdomo, 2002; Sanjuán, 1997).

A comienzos de los años noventa Caracas vuelve a ser escenario de enfrentamientos violentos, pero esta vez no se trataba de ciudadanos comunes, sino de los militares alzados en armas contra el gobierno en dos intentos de golpe de Estado. El 4 de febrero de 1992, un grupo de militares que venía conspirando desde hacía varios años irrumpe a media noche en la ciudad con el propósito de tomar el palacio de gobierno y la residencia presidencial. La ciudad fue escenario de enfrentamientos entre soldados insurrectos y leales al gobierno; las batallas tuvieron lugar en medio de zonas residenciales, donde las familias desconcertadas no lograban dar crédito a lo que veían. Las varias decenas de víctimas fueron de ambos bandos y de la ciudadanía. Al amanecer el teniente coronel Hugo Chávez, quien era el cabecilla del golpe de Estado, se rindió ante las cámaras de televisión. Pero la inestabilidad no aminoró, y a los pocos meses, en noviembre del mismo



año, Caracas volvió a sufrir los embates de otro intento de golpe de Estado; las tropas se enfrentaron nuevamente en las calles, mientras intentaban tomar oficinas públicas y estaciones de televisión, pero esta vez el ataque fue aún más impresionante, pues estuvo acompañando de bombardeos de la fuerza aérea, cuyos aviones de guerra lanzaron sus proyectiles sobre la casa de gobierno y el pequeño aeropuerto ubicado en medio de la ciudad, como en una escena trágica y bufa de una guerra.

CUADRO 2  
Homicidios en Venezuela 1990-2006

<i>Año</i>	<i>Total de homicidios</i>	<i>Población (en millones)</i>	<i>Tasa por 100000 habitantes</i>
1990	2 474	19.7	12.5
1991	2 502	20.1	12.8
1992	3 366	20.6	16.2
1993	4 292	21.1	20.3
1994	4 733	21.5	21.9
1995	4 481	22.0	20.3
1996	4 961	22.9	22.0
1997	4 225	23.4	18.4
1998	4 550	23.4	19.4
1999	5 974	23.8	25.0
2000	8 021	24.3	32.9
2001	6 432	24.7	25.9
2002	9 617	25.2	38.1
2003	11 342	25.6	44.3
2004*	9 719	26.1	37.2
2005*	9 964	26.5	37.6
2006*	12 257	27.0	45.3

\*A partir de 2004 se prohibió hacer pública la información oficial a investigadores y periodistas. Las cifras se refieren a los homicidios recogidos como tales por las autoridades, no incluyen ni los muertos por resistencia a la autoridad, ni los casos en "averiguaciones de muertes", que sumarían entre dos y cuatro mil homicidios más por año.

Fuente: construcción propia con datos del Cuerpo de Investigaciones Científicas Penales y Criminalísticas, Ministerio de Interior y Justicia y proyecciones de población del Instituto Nacional de Estadísticas.

El número total de homicidios en el país, que en los años anteriores a los golpes de Estado se había mantenido estable –2 474 en 1990 y 2 502 en 1991–, ascendió a 3 366 en 1992. La tasa de homicidios de Venezuela, que en 1991 había sido de 12.5 por cada 100 000 habitantes, subió a 16.2 en 1992. Pero el impacto mayor no se produjo en el año que ocurrieron, sino en la inmensa crisis institucional observada en los años siguientes. El incremento de los homicidios en 1992 puede atribuirse al número de víctimas –militares o civiles– directamente involucradas en los enfrentamientos; sin embargo, para el año siguiente esta explicación ya no sirve pues, aunque no hubo escaramuzas entre militares, los homicidios continuaron en aumento y, por primera vez en la historia del país, en 1993 hubo más de cuatro mil asesinatos en un año.

Este incremento fue producto de la crisis institucional tan grande que vivió el país que, con las batallas entre militares, la destitución del presidente de la república y la crisis de gobernabilidad consiguiente, cayó en una suerte de anomía que duró hasta que otro presidente electo asumió el gobierno en 1995. A partir de allí los homicidios se estabilizan en alrededor de cuatro mil muertos cada año; no aumentan, pero tampoco disminuyen. Esta situación se prolongará hasta 1999, cuando se entra en un periodo de turbulencia política y la situación de violencia cambia radicalmente (Briceño-León, 2005b).

En el nuevo siglo la situación se ha agudizado. Cuando el teniente coronel Hugo Chávez estaba en campaña electoral en 1998, se cometieron en el país 4 550 homicidios; al año siguiente, 5 974; en el posterior, 8 021; seis años después, en 2003, 11 342, y para el 2006, 12 257. Éstas son las cifras más conservadoras y no incluyen lo que en la estadística oficial se describe como “resistencia a la autoridad”, es decir las víctimas de la acción policial (legal o de dudosa legalidad), ni tampoco a los fallecidos que están bajo el ítem de “averiguaciones de muerte”, los cuales pueden representar entre mil o dos mil en cada caso, con lo cual la cifra total de homicidios aumentaría de manera importante.

A partir de 1999 Venezuela inició un proceso político y social muy complejo y confuso por el alto grado de confrontación entre los grupos rivales y por una dualidad en las políticas del gobierno. El presidente Chávez ganó las elecciones con un doble mensaje ante el país: por un lado era un militar que representaba la idea de “mano dura” frente al delito y la corrupción –simbolizaba una propuesta clásica de los gobiernos dictatoriales de tipo “ley y orden”–, pero, por otro lado, expresaba un deseo de cambio social que era avalado por la mayoría de la población venezolana, por lo tanto en esta otra versión era un desorganizador más que un estabilizador.

Esta dualidad se mantuvo en la acción de gobierno y las respuestas han sido confusas para la población, pues por una parte el presidente de la repú-

blica se muestra tolerante y sostiene que es comprensible que la gente robe si tiene hambre; pero, por la otra, un viceministro de seguridad ciudadana declara sin vergüenza que la fuerzas policiales habían matado a más de dos mil “predelincuentes”. En 2006 el ministro de Interior y Justicia anuncia pomposamente un plan de “desarme” de la población, y pocos días después el presidente de la república aparece en todas las televisoras y radios entregando fusiles rusos AK47 a la población civil de la reserva militar. Esta ambigüedad por parte de los funcionarios del gobierno acentúa más las ya complejas dificultades de ejercicio del Estado de derecho en Venezuela.

Dicha ambigüedad se ha expresado también en las políticas de seguridad; por un lado está la decisión expresa de “no reprimir” que han mantenido las autoridades, lo cual revela un deseo de respetar los derechos humanos, pero que es erróneo y confuso, pues asocia cualquier acción que procure forzar el cumplimiento de las leyes y proteger a la población con la violación de los derechos humanos de los delincuentes. Esta no acción represiva no fue sustituida por ninguna otra política de seguridad, con lo cual la actividad delictiva se sintió más cómoda y se incrementó; también aumentó la acción policial extrajudicial o la respuesta violenta de la población (Han Chen, 2005).

Las dificultades en el seno del propio gobierno se pueden ejemplificar con el destino de la Comisión Nacional de la Reforma Policial (CONAREPOL), la cual fue creada de una manera excepcional por el gobierno, luego del asesinato de tres pequeños hermanos que habían sido secuestrados unas semanas antes. En esta comisión participaron funcionarios, diputados, gobernadores, académicos, empresarios y un sacerdote a fin de elaborar un estudio y presentar recomendaciones para la transformación y mejoramiento de la policía. La comisión realizó una amplia consulta entre la población, asociaciones gremiales y expertos nacionales e internacionales, y elaboró un informe de consenso con una lista de recomendaciones (Gabaldón y Antillano, 2007; El Achkar y Gabaldón, 2006). Coincidiendo casi con la finalización del trabajo de la comisión, hubo un cambio de ministro a comienzos del año 2007 y el nuevo titular declaró que no se iban a implementar las sugerencias, pues el informe de la CONAREPOL era de “derecha y no socialista”.

#### LAS FORMAS DE LA VIOLENCIA

En ese contexto histórico, se suman en Caracas diversos tipos de violencia: la violencia delincencial, la violencia de las bandas juveniles, la violencia política y la violencia como respuesta a la violencia.

*La violencia delincencial*

Lo sorprendente de la nueva situación en América Latina no es tanto el incremento del delito como del componente violento del crimen (Concha, 2000; Briceño-León, 2006). Los delitos contra la propiedad han sido un problema en las grandes ciudades de la región, pero eran cometidos sin violencia; los delincuentes usaban el sigilo y la astucia, muy poco la fuerza. Esa situación cambia de una manera radical a partir de que el incremento en los hurtos lleva a las personas y las empresas a protegerse y hacerse más duros ante el delito. Un ejemplo singular de este proceso es el robo de automóviles, el cual constituye, después de la droga, el área en la que se da la mayor actuación del crimen organizado. En este delito se combina la participación de delincuentes pobres e independientes, que se apropian del coche, con una organización comercial que se las arregla para reinsertar en el mercado formal los vehículos robados. El proceso de apropiación se hizo sin violencia hasta que se generalizó el uso de alarmas, trancas mecánicas y seguros de electricidad o gasolina por parte de los dueños; entonces resultó más fácil amenazar con una pistola a los conductores y forzarlos a entregar el vehículo que intentar abrir los candados. La estadística en Venezuela muestra que a partir de los años noventa se estabiliza la tasa de hurtos (sin violencia) de vehículos, mientras se incrementa rápidamente la de robos (con violencia), y ya desde el año 2000 son más los robos que los hurtos (Pérez Perdomo, 2002).

La segunda forma son los llamados “secuestros exprés”, una nueva modalidad delictiva que se han convertido en un importante problema de seguridad pública en Caracas. El secuestro tradicional ha tenido un incremento en Venezuela, pues superó las 300 víctimas en el año 2003; pero no es un problema en Caracas, sino en las zonas fronterizas con Colombia, donde opera la guerrilla y el narcotráfico, y en las que es necesario pagar una mensualidad –que, por cierto, es indexada semestralmente de acuerdo con la inflación– para evitar ser secuestrado. El secuestro exprés es diferente, pues se retiene a la persona por apenas unas pocas horas y se le obliga a retirar dinero de los bancos con sus tarjetas o se le pide a la familia el pago de un monto que ésta pueda obtener con facilidad y prontitud. El crecimiento de esta modalidad se vincula con el uso de sofisticados sistemas de protección utilizados en las casas y comercios, pero también con la difusión de los cajeros automáticos de los bancos. Tiene como ventaja frente al robo de bienes que el dinero se obtiene de inmediato, mientras que en el robo tradicional los objetos apropiados deben ser convertidos en dinero a través de intermediarios que los compran para luego comercializarlos a un precio inferior al del mercado formal. Pero todo eso lleva tiempo y unas gestiones

que no ocurren con el secuestro exprés. El secuestro tradicional requiere de una logística muy compleja que tiene altos costos, por eso sólo es factible realizarlo con personas de muy altos ingresos; ahí el negocio se basa en pocas operaciones de muy alto monto. En cambio, el secuestro exprés tiene costos operativos muy bajos y por eso resulta rentable cobrar una cantidad mucho menor, con lo cual se puede ampliar el espectro de víctimas al incluir entre ellas a las personas de clase media; en este caso el negocio son muchas operaciones de poco monto y que no son denunciadas a la policía, por eso la discrepancia entre las cifras oficiales que son bajas y la encuesta de victimización llevada a cabo por la CONAREPOL (2006) que muestra una alta tasa de secuestros.

La tercera modalidad, muy importante en Caracas, son los asaltos a los pasajeros del transporte público. La forma más recurrente se da en los autobuses que recorren las rutas urbanas en las zonas pobres o en las autopistas de la ciudad, es decir en lugares de poca vigilancia y fácil escape para los atracadores, quienes normalmente operan en grupos de tres. El primero somete al chofer con una pistola y toma su dinero, el segundo vigila armado desde el fondo del vehículo y el tercero despoja del efectivo, las prendas y teléfonos celulares a los pasajeros. Esta operación se realiza en unos pocos minutos y con el autobús en movimiento. Una modalidad distinta y menos frecuente ocurre cuando en las carreteras que unen a Caracas con las ciudades dormitorio se produce un fuerte congestionamiento por algún accidente automovilístico. En este caso los automóviles y autobuses se encuentran inmovilizados y son víctimas de los delincuentes que habitan en las zonas aledañas a la carretera. Estos dos tipos de robo producen un impacto muy fuerte en la ciudadanía, sobre todo en los sectores pobres que están obligados a usar el transporte público, pues a pesar de que las pérdidas no son muy grandes, son eventos muy agresivos, que se repiten y que se prestan a enfrentamientos entre los atracadores y los choferes o pasajeros, y que dejan un importante saldo de muertos. Esta modalidad ha afectado también a los taxistas y a los mototaxistas, quienes son atracados para robarles el dinero de su trabajo y el vehículo, en particular las motos. En los tres primeros meses de 2007 las autoridades contabilizaron casi dos motociclistas muertos cada semana, pero una de las asociaciones político-gremiales, la Fuerza Bolivariana de Motorizadas, duplicaba esa cifra en sus informes (Iglesias, 2007).

La cuarta modalidad es la violencia carcelaria. Las cárceles, que deberían ser el lugar más seguro de una sociedad, son en la práctica el lugar más peligroso, con una tasa de homicidios que supera las 2 000 muertes por cada 100 000 personas. La población penitenciaria en Venezuela, para fines de 2006, era de 19 641 internos, de los cuales más de la mitad no tenían

sentencia condenatoria, y 412 resultaron asesinados dentro de las prisiones, más de un preso por semana (Observatorio Venezolano de Prisiones, 2007). Esta situación se debe a un doble proceso; por un lado hay sobrepoblación carcelaria: establecimientos como la Cárcel Nacional de Maracaibo, que fue construida para 480 personas, a fines de 2006 albergaba a 1 641 reclusos. Por el otro lado hay una pérdida completa del control interno del penal por parte de las autoridades; son las bandas de presos los que allí administran la vida, producen una subcultura (Salas, 2000) y venden los servicios de alcohol, droga, teléfonos y, por supuesto, armas de todo tipo, hasta las granadas que se han usado en los enfrentamientos.

### *La violencia de las bandas*

La mayoría de las víctimas de los homicidios de Caracas son hombres, jóvenes y pobres (Briceño-León, Camardiel y Ávila, 1998), algo muy similar a lo que ocurre en el resto de América Latina (Cruz, 1999; Orpinas, 1999, ERIC, 2004). Estos jóvenes, tanto víctimas como victimarios, se encuentran agrupados en las bandas que se forman en las zonas de barrios donde hay una escasa presencia de la policía, y pudiéramos decir que también del Estado de derecho. La topografía –de montañas o quebradas– donde se encuentran los barrios, y que acentúa su segregación, facilita el control territorial de las bandas; actúa como un mecanismo de defensa de los jóvenes frente a las posibles agresiones de otros, pero igualmente se le saca provecho para el depósito y venta al detalle de las drogas. El escaso control de la policía, y algunas veces también su complicidad, hace posible que los consumidores o revendedores de otros sectores sociales se acerquen a dichos barrios de manera segura. Estos territorios son muy valiosos y las bandas se los disputan violentamente, generándose entre ellas una interminable cadena de agresiones y de venganzas, las llamadas “culebras” en Caracas (Márquez, 1999).

Pero la violencia juvenil tiene una dimensión cultural y simbólica muy poderosa; no es una racionalidad económica la que gobierna, al menos no entre los menores de 20 años de edad, para quienes la violencia es también una búsqueda de identidad personal, un deseo de reconocimiento que le otorgue sentido a unas vidas sin sentido. En Caracas, 28% de los jóvenes de entre 15 y 18 años no trabajan ni estudian (UCAB, 2001), son jóvenes que fueron expulsados del sistema escolar y todavía no tienen la edad que la ley exige para trabajar sin autorización de los padres. Tienen las mayores ambiciones en cuanto a consumo y casi ninguna posibilidad de satisfacerlas con los medios formales del trabajo y el ahorro. Son unos olvidados y

prescindibles y la violencia los convierte en gente de respeto (Zubillaga y Briceño-León, 2001).

### *La violencia política*

A partir del año 2000 se añadió en el país un nuevo tipo de violencia, la política. La división interna que se dio por las acciones y propuestas del gobierno atizaron un clima de tensión entre los partidarios de ambos sectores políticos, quienes se congregaron en dos zonas de la ciudad distantes entre sí: en el centro histórico, los simpatizantes del gobierno, y en la zona este, los de la oposición política. En 2002 y 2003 varias manifestaciones en contra del presidente Chávez fueron abaleadas por policías, francotiradores o individuos políticamente identificados con el gobierno. La ciudad de Caracas está dividida en cinco alcaldías municipales y una alcaldía metropolitana, cada una de las cuales tiene su propia policía. Como tres de esas alcaldías, más la metropolitana, se encontraban bajo control de la oposición, el gobierno central se dedicó a desprestigiar y desarmar a las policías, en un enfrentamiento político que les restaba poder y eficiencia para garantizar la seguridad ciudadana y reprimir la delincuencia. Por primera vez en varias décadas se produjeron actos terroristas en Caracas; con bombas se destruyeron varias sedes de embajadas y se asesinó en su carro a un funcionario público controversial (PROVEA, 2004; 2006). Los muertos de la política no han sido muchos, pero su impacto en el incremento de la delincuencia y de la violencia ha sido mucho mayor que el producido por otras formas de violencia.

### *La violencia como respuesta a la violencia*

Ante ese notable incremento de la violencia, la respuesta de una parte importante de la población ha sido igualmente violenta. Violenta porque se ha incrementado la posesión de armas de fuego y el deseo de comprarlas de quienes aún no las tienen: en una encuesta que realizamos en 2004, 47.8% de los entrevistados respondió que le gustaría tener una. Violenta porque han aumentado las acciones extrajudiciales de la policía y, en los casos que no tienen matiz político, se ha visto un creciente apoyo ciudadano a la acción extrajudicial; por ejemplo, en 1996 le preguntamos a las personas si creían que la policía tenía derecho a matar a los delincuentes y 32% respondió afirmativamente, para el año 2004, cuando en una nueva encuesta repetimos la pregunta, ese porcentaje se había remontado hasta 38 (Briceño-León, Camardiel y Ávila, 2006).

## EL MIEDO COMO SENTIMIENTO URBANO

La violencia ha hecho que el temor a ser víctima se convierta en el gran sentimiento de la ciudad y que la inhibición sea la respuesta común de los ciudadanos (Reguillo, 2000). En Caracas el miedo se encuentra mejor distribuido que el riesgo, pues aunque el riesgo mayor corresponde a la zona de los barrios pobres, ya que es allí donde caen la mayor cantidad de víctimas de la violencia, el pavor existe entre todos los sectores sociales y en todas las partes de la ciudad (Zubillaga y Cisneros, 2001).

Los resultados de las encuestas probabilísticas que hemos realizado en 1996 (n: 1 297), en 2004 (n: 1 199) y en 2007 (n: 1 089) muestran que dos terceras partes de la población tiene miedo a ser víctima de la violencia en su propia casa, y una de esas terceras partes dijo tener “mucho” miedo (cuadro 3). En ambos casos las mujeres y los casados manifestaron tener más miedo que los hombres y los solteros. Los sectores pobres (44%) y la clase media baja (46%) fueron los que mostraron tener un miedo más intenso.

El miedo en las calles de la propia comunidad resultó estar en un nivel muy similar al que se siente en la casa, sólo que en este caso el grupo de clase media baja (49%) y baja (42%) confesaron tener un temor muy superior al que siente la clase media (31%), lo cual parece explicarse por el mismo uso que se hace de la calle, que es muy amplio entre los sectores pobres que se desplazan a pie y la utilizan como lugar de encuentro y diversión, mientras que para la clase media que se desplaza en automóvil ese uso es casi inexistente.

El temor en los medios de transporte público es el más alto, pues en las tres pesquisas nueve de cada diez entrevistados expresaron tenerlo. Y lo más sorprendente es que dos terceras partes, en las tres encuestas, expresaron sentir “mucho” miedo. Como en el caso anterior, son los sectores pobres los que manifestaron un temor mayor, lo cual resulta explicable ya que son los que se ven forzados a usarlos cotidianamente.

El lugar de trabajo es donde el mayor porcentaje de las personas no siente ningún temor y donde el miedo intenso es menor; aun así, casi la mitad de los consultados padecía aprensión en los sitios donde trabajaba. Pero lo más importante de la secuencia es que en todos los lugares de las ciudades las personas se han sentido cada vez menos seguras; si en el cuadro 3 se observa con detalle la fila que reporta a quienes dijeron que no habían sentido “nada” de temor, se destacará que en cada nueva medición esa cifra disminuye, que son cada vez menos los que se sienten seguros en la ciudad.



CUADRO 3  
Venezuela  
Sentimiento de temor en distintas zonas de la ciudad,  
1996, 2004 y 2007

<i>Ha sentido temor en...</i>		<i>Caracas</i> 1996 (n: 1297)	<i>Venezuela</i> 2004 (n: 1199)	<i>Venezuela</i> 2007 (n:1089)
Su casa o apartamento	Mucho	36.8	44.4	37.8
	Algo	38.6	29.6	39.7
	Nada	24.6	25.7	22.2
En las calles de su comunidad	Mucho	37.6	44.0	44.0
	Algo	35.5	29.0	41.1
	Nada	25.0	26.0	24.1
En su lugar de trabajo	Mucho	26.2	34.6	29.7
	Algo	32.9	29.6	36.8
	Nada	40.9	35.8	16.3
En los medios de transporte	Mucho	61.0	56.8	55.5
	Algo	29.2	25.6	31.4
	Nada	9.8	16.2	13.1

Fuente: Laboratorio de Ciencias Sociales, LACSO, 1996, 2004, 2007.

#### INHIBICIÓN Y PÉRDIDA DE LA CIUDAD

El miedo a la violencia produce una pérdida de la ciudad, pues las personas dejan de visitar ciertas zonas o de salir a ciertas horas que son consideradas peligrosas. Hay lugares a los cuales se puede ir y otros que se deben evitar. Unas horas en que se puede salir de la casa y otras a las que no se debe regresar de una fiesta. Y así la ciudad se vuelve cada vez más ajena. Este proceso selectivo ha ocurrido siempre en las ciudades, pero la magnitud de la inhibición cambia de una ciudad a otra, de un periodo al siguiente.

En Caracas la violencia ha impactado de manera muy fuerte en las actividades de diversión y en los lugares a donde se va de compras (cuadro 4). La diversión se ha visto afectada por el miedo a ser atracado durante las salidas nocturnas; eso llevó a que algunos cines cambiaran sus proyecciones a horas más tempranas y que otros, ubicados fuera de los centros comerciales, incluso eliminaran la última función de la noche. En las zonas pobres de la ciudad las personas prefieren no regresar a sus casas después de una fiesta y, cuando están obligados a hacerlo, se prepara todo un mecanismo de protección familiar basado en los teléfonos celulares. Históricamente, las zonas pobres de Caracas nunca tuvieron servicio de telefonía fija –era

ésa una de las más evidentes formas de exclusión en los servicios públicos-, pero a partir de que las compañías establecieron el celular de prepago hubo un enorme crecimiento de su utilización por parte de los sectores de menores ingresos. En 1997 había 1 100 000 teléfonos móviles en Venezuela, en 2003 habían ascendido a siete millones (CONATEL, 2004). Ese crecimiento se debió en gran medida a la demanda de la población pobre y una de las razones más frecuentemente invocadas por los usuarios para comprarlo era la seguridad personal, pues el teléfono les permite avisar que están llegando al barrio a fin de que sus familiares o amigos se movilicen en grupo y vayan a escoltarlos durante el recorrido que va desde la calle principal hasta la vivienda.

CUADRO 4  
Inhibición por zonas urbanas,  
1996, 2004 y 2007

<i>Por temor a ser víctima usted ha restringido en lugar o en horario ...</i>	<i>Caracas 1996 (n: 1 297)</i>	<i>Caracas 2004 (n. 196)</i>	<i>Venezuela 2004 (n: 1 199)</i>	<i>Venezuela 2007 (n:1 089)</i>
...donde va de compras	62.1	63.8	65.8	65.3
...de estudios	19.0	26.3	32.3	n/i
...de sus actividades de trabajo	25.1	30.9	37.1	45.0
...de sus diversiones	71.8	61.6	58.5	67.0

Fuente: Laboratorio de Ciencias Sociales, IACSO, 1996, 2004, 2007.

La restricción de las zonas de compras ha golpeado a ciertas áreas de la ciudad, como los paseos peatonales de Sabana Grande o de Catia, o el comercio de las tiendas tradicionales sobre la calle, el cual se ha movido hacia los centros comerciales tipo *malls*, cerrados y climatizados. En los años setenta, cuando surgieron con fuerza los centros comerciales, éstos eran un producto diseñado para la clase media, pero, en el nuevo siglo, se han convertido en el lugar de compras preferido por toda la sociedad, incluso por los pobres, que además lo viven como un lugar seguro, de esparcimiento y paseo. Es la reproducción de la calle en un espacio privado, protegido del sol y la lluvia, con una grata temperatura pero, sobre todo, con seguridad.

Aunque en una magnitud menor, las personas han restringido también sus actividades de estudio y de trabajo (cuadro 3). Y ello es así porque a diferencia de la diversión o de las compras aquí no pueden escoger, es decir que son actividades que deben realizar obligatoriamente. Sin embargo, en los aspectos donde la persona sí tiene capacidad de elección es donde se

ha notado una mayor inhibición. En relación con la educación están restringiendo los horarios de clase nocturnos; las universidades, por ejemplo, tienen cada vez menos estudiantes en las noches y los cursos terminan más temprano por el temor de alumnos y profesores de ser víctimas en los alrededores del centro de estudios o en el retorno a sus casas. Y algo similar ocurre con el trabajo; muchos empleados rechazan los horarios nocturnos parciales, como las horas extras; pero los aceptan si implican trabajar toda la noche, pues eso les permite regresar a sus casas seguros al amanecer del día siguiente.

La consecuencia mayor del miedo y la inhibición es la pérdida del espacio público. Se pierde porque las personas lo abandonan y porque tiende a ser privatizado por razones de seguridad. Muy poca gente en Caracas se atreve a caminar por sus calles en la noche, incluso en los espacios peatonales diseñados con ese fin, y así el ciclo se perpetúa, pues, al haber poca gente en ellos, se vuelven todavía más inseguros dichos espacios. Pero también se cierran las calles residenciales para restringir el acceso a los visitantes; en un primer momento lo hizo la clase media y contrató vigilancia privada; luego siguieron los barrios pobres, que cerraron las veredas peatonales con rejas y asumieron por turnos su propia vigilancia, pues no disponen de recursos económicos para pagarle a otros por ese trabajo. Una canción de salsa urbana de Caracas retrata bien eso miedos, se llama "Por estas calles", y su estribillo aconseja continuamente:

*Por eso cuídate de las esquinas,  
Y mira bien por dónde caminas...*

## CONCLUSIÓN

La violencia de América Latina tiene dos componentes que se ven claramente reflejados en la experiencia de Caracas y de Venezuela en general: el primero es que la violencia se incrementa más que el delito; lo que deteriora las relaciones sociales no es tanto éste como su carácter violento: los heridos, los lisiados, los muertos. El segundo componente es que esos eventos no suceden en las áreas rurales, sino en las ciudades, en las concentraciones urbanas donde se contrastan la pobreza y la riqueza, donde importantes contingentes de población albergan grandes expectativas y tienen muy poca capacidad de realizarlas. Entre 1980 y 2002, a las ciudades de América Latina se incorporaron más de 132 millones de pobres (CEPAL, 2004), quienes engrosaron la población de sus zonas deprimidas, aumentando la carencia de servicios y la demanda de empleo insatisfecha.

Éste es un fenómeno común a la mayoría de los países de América Latina con alta urbanización y altos porcentajes de población en situación de pobreza. Sin embargo, Venezuela ha tenido en el comienzo del siglo XXI una situación especial que no puede ser explicada por las mismas variables que nos permitirían interpretar la violencia en otros países. Tomemos el caso de Venezuela junto a los de México y Brasil. Los tres países mantuvieron por años unas tasas de homicidios similares, que los ubicaban en los niveles medios de violencia en América Latina: un promedio que oscilaba entre 20 y 25 homicidios por cada 100 000 habitantes para el quinquenio 1994-1998. Estas tasas no eran tan bajas como las de Argentina, Chile, Uruguay o Costa Rica, ni tan altas como las de Colombia o El Salvador: eran las tasas medias de la región. Varios años más tarde, en 2006, las tasas de homicidios de Brasil y México se mantienen casi en el mismo nivel; Brasil ha bajado un poco y México ha subido algo, pero continúan entre 20 y 25 homicidios (Gawryszewski y Rodrigues, 2006), cuando que en Venezuela la tasa se ha duplicado y puede estar entre 45 –la reportada en este artículo– y 49 homicidios por cada 100 000 habitantes, que es la cifra arrojada por la encuesta de victimización del gobierno (CONAREPOL, 2007). Las hipótesis con las que se procura explicar la violencia de América Latina, desarrolladas por distintos tipos de estudios, como las de Moser y Schrader (1998), las de Cerqueira y Lobão (2004), las de Koonings y Kruijt (2007) o las nuestras (Briceño-León, 2005b) sólo pueden explicar la mitad de los homicidios de Venezuela, así como lo harían con la mayoría de los que se cometieron en México o Brasil, pero no pueden explicar la otra mitad que duplicó la cifra en ocho años.

La otra mitad, ese “exceso” de crecimiento en la tasa de homicidios de Venezuela, sólo puede ser explicada por la singular situación política del país. Política en el sentido de confrontación de sectores sociales y partidistas en un país dividido y polarizado en dos grandes fracciones maniqueas que apoyan o repudian al gobierno; y política en el sentido de ruptura del pacto social básico (Safouan, 1994): de la asunción de la violencia y la desaparición del otro como estrategia y forma de gobernar.

Pero también política en un sentido menudo: la dualidad de los mensajes, el desprestigio sistemático de las policías, la decisión de no reprimir, la partidización del sistema judicial, las acusaciones entre los propios partidarios del gobierno de tener grupos de exterminio entre sus policías, la discontinuidad en las políticas de seguridad, el elogio de la violencia en los discursos y en el levantamiento de monumentos públicos, y el silencio de las máxima autoridades, pues, en un país donde el presidente pronuncia varios discursos semanalmente, de varias horas, y se transmiten por todas las estaciones de radio y canales de televisión, nunca se refiere a los proble-

mas de seguridad, nunca menciona el tema de la violencia y las decenas de muertos semanales; y, cuando en el año 2006 lo hizo, fue para lamentar el asesinato de una médica cubana.

Esos mensajes y ese silencio los sabe leer la población. Los interpretan unos en su miedo y en su pérdida de los espacios públicos de la ciudad; los interpretan otros en su actuar delictivo impune, en la necesidad de defenderse por su propia cuenta, en los deseos de tomar la justicia en sus manos. Y todo eso significa más violencia.

Los caraqueños, como los habitantes de las otras ciudades de América Latina que viven acosados por la violencia, están perdiendo el derecho a la ciudad, por miedo no salen de noche a divertirse, las universidades ha restringido o eliminado los cursos nocturnos y las empresas no consiguen trabajadores que estén dispuestos a laborar unas horas extra por el temor a regresar tarde a su hogar. La pobreza y la exclusión habían limitado el ejercicio de la ciudadanía de muchas personas; ahora, la violencia está consolidando nuevas exclusiones y restringiendo más el disfrute de la ciudad y el ejercicio pleno de la ciudadanía, pues no puede haber inclusión sin seguridad. La experiencia de Caracas enseña que la violencia, cuando no arrebató la vida, nos despoja de la libertad.

Caracas, 2007

## REFERENCIAS

- Aceró, H. (2003), *Violencia y delincuencia en contextos urbanos. La experiencia de Bogotá en la reducción de la criminalidad, 1994-2002*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Acosta, M. y R. Briceño-León (1987), *Ciudad y capitalismo*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, EBUC.
- Adorno, S. (2006), "Crimen, punición y prisiones en Brasil: un retrato sin retoques", *Quórum, Revista Iberoamericana*, Universidad de Alcalá, España, pp. 41-50.
- Amnistía Internacional (2006), "Entran disparando", *La Revista*, núm. 77, marzo.
- Ávila, O. y R. Briceño-León (2000), "Percepciones y realidades de la violencia en la televisión", *Anuario ININCO*, año 11, pp. 123-144.
- Baptista, A. (1997), *Teoría económica del capitalismo rentístico*, Caracas, IESA.
- (2004), *El relevo del capitalismo rentístico, hacia un nuevo balance del poder*, Caracas, Fundación Polar.
- Bolívar, T. (1995), "Urbanizadores, constructores y ciudadanos", *Revista Mexicana de Sociología*, enero-marzo, año LVII, núm. 1, pp. 71-87.
- y J. Baldó (comps.) (1996), *La cuestión de los barrios: homenaje a Paul-Henry Chombart de Lauwe*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- y M. Guerrero, I. Rosas, T. Ontiveros, J. de Freitas (1994), *Densificación y vivienda en los barrios caraqueños. Contribución a la determinación de problemas y soluciones*, Caracas, MINDUR-CONAVI.

- Borja, J. (2000), "Espacio público y espacio político", en L. Dammert (ed.), *Seguridad ciudadana: experiencias y desafíos*, Valparaíso, Ilustre Municipalidad de Valparaíso, Programa URB-AL, pp. 18-58.
- Briceño-León, R. (1986), *El futuro de las ciudades venezolanas*, Caracas, Ediciones Lagoven.
- (1990), "Contabilidad de la muerte", en *Cuando la muerte tomó la calle*, Caracas, Editorial Ateneo.
- (1991), *Los efectos perversos del petróleo: renta petrolera y cambio social*, Venezuela, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana/ Consorcio de Ediciones Carriles.
- (2000), "Los hilos que tejen la vida social en la Venezuela del siglo xx", en A. Baptista (ed.), *Historias y testimonios*, tomo I, Caracas, Fundación Polar, pp.125-153.
- (2005a), "Petroleum and Democracy in Venezuela, Social Forces", *The Journal of Social Issues*, vol. 83, pp. 1-32.
- (2005b), *Urban Violence and Public Health in Latin America: A Sociological Explanatory Model*, Río de Janeiro, Cadernos de Saúde Pública, vol. 21, núm. 6, noviembre-diciembre, pp. 1629-1664.
- (2006), "Violence in Venezuela: Oil Rent and Political Crisis", *Ciência y Saúde Coletiva*, vol. 11, núm. 2, pp. 315-325.
- , A. Camardiel y O. Ávila (1998), "¿Quiénes son las víctimas de la violencia en Caracas? Un análisis social del riesgo de la violencia no fatal", *Tribuna del Investigador*, vol. 5, núm. 1, pp.5-19.
- , A. Camardiel y O. Ávila (2006), "Attitudes toward the Right to Kill in Latin American Culture", *Journal of Contemporary Criminal Justice*, vol. 22, núm. 4, noviembre, pp. 303-323.
- Calderón, J. (2005), *La ciudad ilegal, Lima del siglo xx*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Camacho, O. y A. Tarjan (1991), *Alquiler y propiedad en barrios de Caracas*, Caracas, IDRC-UCV.
- Carrión, F. (1994), *En busca de la ciudad perdida*, Quito, CODEL.
- CEPAL (2004), *Panorama social de América Latina*, Santiago de Chile, CEPAL.
- Cerqueira D. y W. Lobão (2004), "Determinantes de criminalidades: arcabouços teóricos e resultados empíricos", *Dados*, vol. 47, núm. 2.
- Cisneros A. y V. Zubillaga (1997), "La violencia desde la perspectiva de la víctima: la construcción social del miedo", *Espacio Abierto*, vol. 6, núm. 1, enero-abril, pp. 71-97.
- CISOR (2007), "Vivienda, producción y déficit", *Venescopio*, núm. 19, Caracas, CISOR.
- Coing, Henry (2004), "Caracas y la revolución", *Tharsis*, vol. 5, año 8, julio-diciembre, pp. 187-195.
- CONAREPOL (2007), *Encuesta nacional de victimización y percepción policial*, Caracas, CONAREPOL-INE, noviembre.
- CONATEL (2004), *Observatorio estadístico*, CONATEL.
- Concha-Eastman, A. (2000), "Violencia urbana en América Latina y el Caribe: dimensiones, explicaciones, acciones", en S. Rotker (ed.), *Ciudadánías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 39-53.

- , V. Espitia, R. Espinosa y R. Guerrero (2002), “La epidemiología de los homicidios en Cali, 1993-1998: seis años de un modelo poblacional”, *Revista Panamericana de la Salud / Pan American Journal of Public Health*, vol. 4, núm. 12, pp. 230-239
- Cruz, José Miguel (1999), “Being a Victim of Urban Violence: Its Likelihood and Its Associated Variables in Cities of Latin America and Spain”, *Revista Panamericana de Salud Pública/Pan American Journal of Public Health*, vol. 5, núms. 4-5, abril, pp. 259-267(9).
- Chen, C-Y., G. Bidegain, A. Pellegrino y D. López (1986), *Aspectos demográficos del proceso de urbanización: pasado, presente y futuro*, Caracas, UCAB, documento de trabajo núm. 25.
- Chesnais, J-C. (1981), *Histoire de la violence en Occident de 1800 a nos jours*, París, Lafont.
- Del Olmo, R. (2000), “Ciudades duras y violencia urbana”, *Inseguridad, violencia y miedo en América Latina*, Nueva Sociedad, núm. 167, mayo-junio, pp. 74-86.
- Dias Neto, T. (2005), *Segurança urbana. O modelo da nova prevenção*, Brasil, Editora Revista dos Tribunais.
- Durkheim, E. (1978), *Les règles de la méthode sociologique*, París, Press Universitaires de France.
- El Achkar, S. y L. G. Gabaldón (2006), *Reforma policial. Una mirada desde afuera y desde adentro*, Caracas, Comisión Nacional para la Reforma Policial.
- Elias, N. (1987), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ERIC (Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación) (2004), *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social*, vol. II, El Salvador, UCA Editores.
- Fassin, D. (1996), “Exclusion, underclass, marginalidad. Figures contemporaines de la pauvreté urbaine en France, aux Etats-Unis et en Amérique Latine”, *Revue française de sociologie*, enero-marzo, pp. 37-76.
- Ferraro, K. F. (1995), *Fear of Crime. Interpreting Victimization Risk*, Nueva York, State University of New York.
- Fournier, Marco, Rebecca de los Ríos, Pamela Orpinas y Leandro Piquet-Carneiro (1999), “Multicenter Study: Cultural Norms and Attitudes toward Violence (ACTIVA Project): Methodology”, *Revista Panamericana de Salud Pública/Pan American Journal of Public Health*, vol. 5, núms. 4-5, abril, pp. 222-231 (10).
- Fundación Mexicana para la Salud (1998), *Análisis de la magnitud y costos de la violencia en la ciudad de México*, Washington, Banco Interamericano de Desarrollo.
- Fundacomún (1985), II Inventario Nacional de Barrios, Caracas, Fundacomún.
- Gabaldón, L. G. y C. Suyín Serrano (2001), *Violencia urbana. Perspectivas de jóvenes transgresores y funcionarios policiales en Venezuela*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- y A. Antillano (2007), *La policía venezolana. Desarrollo institucional y perspectivas de reformas al inicio del tercer milenio*, tomo I, Caracas, Comisión Nacional para la Reforma Policial, Ministerio de la Cultura.
- Gawryszewski, V. y E. M. Rodrigues (2006), “The Burden of Injury in Brazil, 2003” /

- O impacto das causas externas de morbidades no Brasil, 2003, *Medical Journal*, vol. 124, núm.4, São Paulo.
- Gómez Calderón, M. (1996), “La crisis social: desintegración familiar, valores y violencia social”, *Revista Parlamentaria*, vol. 4, núm. 3, diciembre, Costa Rica.
- Goycoolea, R. (2006), “Violencia y espacio urbano”, *Quórum, Revista Iberoamericana*, España, Universidad de Alcalá, pp. 13-28.
- Guzmán, A. y J. Escobar (1997), *La violencia en Colombia: dimensiones y políticas de prevención y control*, Cali, Centro de Investigación en Salud y Violencia, Universidad del Valle.
- Han Chen, P. (2005), *Observatorio Latinoamericano de Política Criminal, caso Venezuela. Septiembre de 2004 - agosto de 2005*, Maracaibo, Universidad del Zulia, Ediciones Astro Data.
- Hardoy, J y D. Satterwaite (1987), *La ciudad legal y la ciudad ilegal*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Iglesias, M. I. (2007), “Sucesos”, *El Universal*, 15 de abril, pp. 4-13.
- INE (Instituto Nacional de Estadística) (2001), *Proyecciones de población. Inseguridad, violencia y miedo en América Latina (2000)*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad.
- Koonings, K. y D. Kruijt (2007), *Fractured Cities: Social Exclusion, Urban Violence & Contested Spaces in Latin America*, Londres, Zed Books.
- LACSO (Laboratorio de Ciencias Sociales) (1996), *Encuesta de actitudes y normas hacia la violencia*, Caracas, LACSO.
- (2004), *Encuesta de violencia y sistema de justicia penal en Venezuela*, Caracas, LACSO.
- (2007), *Encuesta de victimización, violencia y sistema de justicia penal en Venezuela*, Caracas, LACSO.
- Londoño, J. L., A. Gaviria y R. Guerrero (2000), *Asalto al desarrollo. Violencia en América Latina*, Washington, Banco Interamericano de Desarrollo.
- López, M. V. M. Hajar y M. Rascón (1996), “Muertes por homicidio, consecuencia fatal de la violencia. El caso México, 1979-1992”, *Revista de Saúde Pública*, vol. 30, núm.1, São Paulo, pp.46-52.
- Lungo, M. y R. Martel (2000), “Ciudadanía social y violencias en las ciudades centroamericanas”, en L. Dammert (ed.), *Seguridad ciudadana: experiencias y desafíos*, Valparaíso, Ilustre Municipalidad de Valparaíso, Programa URB-AL, pp. 237-258.
- Márquez, P. (1999), *The Street Is My Home*, Stanford, Cal., Stanford University Press.
- Martín-Barbero J. (2000), “La ciudad: entre medios y miedos”, en S. Rotker (ed.), *Ciudadanías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 29-35.
- Ministerio de Interior y Justicia (2004), Caracas, Archivos de Estadísticas.
- Monsiváis, C. (2000), “Ciudadanía y violencia urbana: pesadillas al aire libre”, en S. Rotker (ed.), *Ciudadanías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 231-235.
- Moser, C. y E. Shrader (1998), *Crimen, violencia y pobreza urbana en América Latina: hacia un marco de referencia integrado*, Washington, LCSSES, Banco Mundial.
- Navarro, J.C. y R. Pérez Perdomo (1991), *Seguridad personal, un asalto al tema*, Caracas, Ediciones IESA.



- Negrón, M. (2001), *Ciudad y modernidad. El rol del sistema de ciudades en la modernización de Venezuela, 1936-2000*, Caracas, Ediciones del Instituto de Urbanismo, UCIV.
- Observatorio Venezolano de Prisiones (2007), *Informe anual*, Caracas, OVP.
- OCEI (Oficina Central de Estadística e Informática), *Anuarios estadísticos*, Caracas.
- Oliveira, N. (2002), *Insegurança Pública. Reflexões sobre criminalidade e a violência urbana*, São Paulo, Instituto Braudel, Editora Nova Alexandria Ltda.
- Orpinas, Pamela (1999), "Who Is Violent?: Factors Associated with Aggressive Behaviors in Latin America and Spain", *Revista Panamericana de Salud Pública / Pan American Journal of Public Health*, vol. 5, núms. 4-5, abril, pp. 232-244.
- Pegoraro, J. S. (2000), "Violencia delictiva, inseguridad urbana. La construcción social de la inseguridad ciudadana", *Inseguridad, violencia y miedo en América Latina, Nueva Sociedad*, núm. 167, mayo-junio, pp. 114-131.
- Pérez Perdomo, P. (2002), "Contar los cuerpos, lamer las heridas: la tarea de cuantificar la violencia delictiva", en *Morir en Caracas. Violencia y ciudadanía en Venezuela*, Caracas, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Universidad Central de Venezuela.
- PROVEA (2004), *Informe anual sobre la situación de los derechos humanos en Venezuela, octubre 2003-septiembre 2004*, Caracas, Provea.
- (2006), *Informe anual sobre la situación de los derechos humanos en Venezuela, octubre 2005-septiembre 2006*, Caracas, Provea.
- Reguillo, R. (2000), "La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas", en S. Rotker (ed.), *Ciudadanías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 185-201.
- Remy, J. e I. Voyé (1981), *Ordre et violence*, París, PUF.
- Roche, S. (1998), *Sociologie politique de l'insécurité. Violences urbaines, inégalités et globalisation*, París, PUF.
- Rosales, E. (2007), *Bases de un modelo de seguridad apegado al Estado constitucional para la reducción de la violencia delictiva en Venezuela*, Caracas, ILDIS.
- Rosas Meza, I. (2004), *La cultura constructiva de la vivienda en los barrios del área metropolitana de Caracas*, tesis, doctorado en arquitectura, Universidad Central de Venezuela.
- Rotker, S. (2000), "Ciudades escritas por la violencia", en ella misma (ed.), *Ciudadanías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 7-22.
- Rubio, M (1998), *La violencia en Colombia: dimensionamiento y políticas de control*, Washington, Banco Interamericano de Desarrollo.
- Safouan, M. (1994), *La palabra o la muerte. ¿Cómo es posible una sociedad humana?*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Salas, Y. (2000), "Imaginario y narrativas de la violencia carcelaria", en S. Rotker (ed.), *Ciudadanías del miedo*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Sánchez, M y Y. Pedrazzini (2001), *Malandros-bandas y niños de la calle. Cultura de urgencia en la metrópoli latinoamericana*, Venezuela, Vadell Hermanos Editores.
- Sanjuán, A. M. (1997), "La criminalidad en Caracas. Percepciones y realidades", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 3, núms. 2-3, abril-septiembre, pp. 215-254.

- Small Arms Survey (2004), *Small Arms Survey 2004*, Oxford, Oxford University Press.
- Soares, L. E. (1996), "O inominável, nosso medo", en *Violência e política no Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, ISER Relume Dumará, pp. 59-64.
- *et al.* (1996), "Criminalidade urbana e violência: o Rio de Janeiro no contexto internacional", en *Violência e política no Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, ISER Relume Dumará, pp.165-188.
- Spinelli, H. (2005), *Muertes violentas en la ciudad autónoma de Buenos Aires. Una mirada desde el sector salud*, Buenos Aires, Organización Panamericana de la Salud.
- UCAB (Universidad Católica Andrés Bello) (2001), *El camino por recorrer, documentos del Proyecto Pobreza*, vol. 2, Caracas, UCAB.
- Ugalde, L. (1990), *La violencia en Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Universidad Católica Andrés Bello.
- United Nations, *World Population Prospects. The 1999 Revision*, Nueva York, Population Division United Nations, 2001.
- Velez, L. F. (2000), "El mito de vivir en un mundo más violento", *Inseguridad, violencia y miedo en América Latina*, *Nueva Sociedad*, núm. 167, mayo-junio, pp.157-165.
- Velho, G. y M. Alvito (1996), *Cidadania e violência*, Río de Janeiro, Editora UFRJ / Editora FGV.
- WHO (2000), *World Report on Violence and Health*, Ginebra, WHO.
- Wieviorka, M. (2005), *La violence*, París, Hachette Littératures.
- Zubillaga, V. y R. Briceño-León (2001), "Exclusión, masculinidad y respeto: algunas claves para entender la violencia entre adolescentes en barrios", *Nueva Sociedad*, núm. 173, mayo-junio, pp. 34-78.
- y A. Cisneros (2001), "El temor en Caracas: relatos en barrios y urbanizaciones", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXIII, núm. 1, pp. 161-176.